

†  
Ihs

# ORACIÓN FÚNEBRE

EN LOS

FUNERALES DEL R. P. BALTASAR GRACIÁN  
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

CELEBRADOS EN LA

IGLESIA PARROQUIAL DE BELMONTE DE CALATAYUD  
EL DÍA 13 DE MAYO DE 1922

POR EL

R. P. Darío Hernández, S. J.





*Est enim in illa spiritus intelligentiae sanctus, unicus, multiplex, subtilis, disertus... amans bonum, acutus.* — Porque hay en la sabiduría espíritu inteligente que es santo, uno, múltiple, sutil penetrante... amante del bien, agudo.

(SABIDURÍA, VII, 22).

MUY ILUSTRE SEÑOR (1) Y MINISTROS DEL ALTÍSIMO.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR (2).

SEÑORES REPRESENTANTES DE LA UNIVERSIDAD Y DEL ATENEO DE ZARAGOZA.

SEÑORES REPRESENTANTES DEL AYUNTAMIENTO DE CALATAYUD.

MAGNÍFICO AYUNTAMIENTO DE BELMONTE.

FIELES TODOS AMADÍSIMOS EN N. S. JESUCRISTO.

Esa tumba que vemos no es señal de duelo por la muerte de un hombre. No lloramos hoy la muerte de Gracián, a quien no conocimos. Hubo, sí, en esta población una generación hace ya cerca de tres siglos que hubo de derramar justas lágrimas cuando recibió la noticia de que, en la capital de este Obispado, el día 6 de diciembre de 1658, había muerto con la sonrisa de los justos el P. Baltasar Gracián, de la Compañía de Jesús, gloria purísima de este dichoso pueblo.

Nosotros no vemos en esa tumba el sepulcro de Gracián. Para nosotros esa tumba es señal de resurrección y de vida. Estos homenajes están resucitando la memoria de aquel hombre, que estaba muerta, para que viva y difunda otra vez por el mundo los esplendores de su luz; y el taumaturgo que está obrando el prodigio es la Universidad de Zaragoza y su Ateneo en sus ilustres representantes, a los cuales se asocian ebrios de entusiasmo los municipios de Calatayud y de Belmonte.

(1) El Sr. Provisor y Vicario General D. Valentín Marco.

(2) Dr. D. Ricardo Royo Villanova, Rector de la Universidad de Zaragoza.

Sin embargo, está muy justificado el lloro y el luto de esos fúnebres paños y de esta Misa de Requiem a que hemos asistido. Hemos oído, poco ha, acentos espantables. Ha de llegar un día de ira, *Dies irae*, un día de lágrimas, un día que ha de ser una gigantesca antítesis del de hoy, un día de destrucción y de cólera y azote... Día terrible, no para Gracián que estará gozando de Dios y entonces resucitará a vida gloriosa; no para nosotros si se atiende a los supremos bienes del espíritu y a nuestros intereses eternos, que confío en la bondad de Dios que estarán a buen recaudo; pero día de cólera en que se ha de destruir todo lo visible que hoy edificamos. *Dies irae dies illa solvet saeculum in favilla*. Aquel día convertirá en pavesa las obras de Gracián que con respeto besamos y aplaudimos; fenecerán aquel día esas lápidas, monumento humano de gloria para Gracián ante los hombres. ¡No, esa tumba no es la tumba de algo que ha muerto, sino de algo que ha de morir y fenecer! Lo hemos cantado poco ha: *solvet saeculum in favilla...*

¿Es vano, según esto, nuestro empeño en resucitar a Gracián y decir a Lázaro: *Lazare, veni foras?* ¿Es vano nuestro ardimiento al consagrar esa lápida a su memoria, al organizar estos homenajes? No.

Esas lápidas no son más que signos; y, aunque perezca el signo, lo significado por él, nuestra admiración y amor a la Sabiduría y al Sabio, nuestro amor a lo que Dios ama sobrevivirá a la conflagración de los signos y de las obras humanas; porque el amor a la Sabiduría es eterno, y la flor de la gratitud y del cariño al que ha honrado esta tierra, a los atributos de Dios manifestados en los hombres, es flor que trasplantada tras la muerte del mundo a la otra vida adquiere una perennidad y lozanía siempre creciente, inmarcesible... *Caritas nunquam excidit*. No. Aquel día terrible, *dies irae*, no destruirá cuanto hoy edificamos. Porque, si edificamos eso exterior, es porque antes hemos edificado un monumento en nuestra alma de amor interno al genio de Gracián, y esos monumentos caducos son signos del monumento perenne e inmortal que a la sabiduría de Dios manifestada en Gracián hemos levantado en nuestras almas.

Perecerán los papeles en que están escritas las obras de Gracián, y no podremos más leerlas en ellos. Pero vivirá para siempre el espíritu de Gracián, y viviremos nosotros para contemplar en Dios todo lo hermoso, lo atrayente, lo conmovedor, lo inge-

nioso, lo ameno, lo profundo, lo filosófico de sus obras; porque un momento de eternidad feliz nos hará más sabios y más felices que pudieran hacernos las largas vidas sumadas de todos los sabios y filósofos del mundo.

Y este es el gran ejemplo y la gran obra de edificación que va a hacer en nosotros la memoria de Gracián, a cambio de la edificación de nuestras lápidas y homenajes. El enseñarnos a amar la plenitud de la sabiduría, la sabiduría integral que lleva al reinado eterno. *Concupiscentia itaque sapientiae perducit ad regnum perpetuum.* (Sabiduría, VI, 21).

Vamos a seguir durante unos instantes sus pasos, mientras reproduzco lealmente lo que he podido arrancar a la historia, verdaderamente avara de noticias sobre nuestro héroe, iluminado en cambio por los destellos de luz que despiden sus obras. Lo veremos como modelo, en lo que cabe en lo humano, de esa sabiduría una y múltiple que llena el libro de la Sabiduría, y que podemos llamar Sabiduría integral. Permitidme antes, para mayor claridad, discutir brevemente sobre ella.

## I

El autor del libro de la Sabiduría, deseando exhortar a la perfección de ella, a los Jueces y Príncipes y Reyes que por su cargo debían ejercitarla, a aquella sabiduría, digo, que abraza el juicio teórico y el práctico, la estimación que es acto de la inteligencia y la que podríamos llamar la estimación práctica de la voluntad que, ponderadas las cosas según su verdadero peso, abraza el bien y abomina el mal; después de usar diferentes argumentos que llenan la primera parte de aquel libro, se extiende en sus alabanzas, por la enumeración de sus propiedades y sus frutos.

Es un águila que vuela muy alto el autor de este inspirado libro, cuya visión abraza todo lo que es sabiduría. Algo semejante a Dios, que es el que le inspira, ve, como con un solo verbo de la mente, la palabra SABIDURIA, la sabiduría increada y la creada, la infinita y la limitada, la sabiduría manantial y eterna y la sabiduría participada e infusa, la sabiduría que es substancia, la substancia divina del Eterno Verbo, y la que es accidente, la que crea y la que conoce, la que ve las esencias de las cosas y la que intuye los movimientos

de las almas, la sabiduría teórica y la sabiduría práctica, la sabiduría de los juicios y la sabiduría de las obras.

Por esto, la lectura de aquel libro divino es un salto continuo de una en otra fase de aquella sabiduría, que es a la vez una y múltiple en sus manifestaciones y sus efectos.

Los atributos de la sabiduría que figuran en el texto de esta oración se refieren, según los más autorizados intérpretes, a la sabiduría increada nocional del Verbo; pero se pueden aplicar también en algún sentido a la sabiduría creada de los hombres (1), que es una cierta participación de la divina, como afirma el Doctor Angélico: *sapientia qua formaliter sapientes sumus est participatio quaedam divinae Sapientiae quae est Deus*. (S. Thom. 2, 2, q. 23, a. 2, ad. 1). Y, esto supuesto, aquellas alabanzas de una sabiduría santa, única y múltiple, sutil y perspicaz, y amante del bien y activa caen de lleno sobre Gracián, y este concepto transcendente de una sabiduría en su plenitud e integral realizado en él es su mayor alabanza, y este ejemplo imitado el mayor fruto que podemos reportar de las glorias que hoy conmemoramos.

Permitidme ahora discurrir un poco sobre la armonía cuasi divina de las distintas fases de esa sabiduría UNA Y MÚLTIPLE de que hablamos.

El saber es ver con el alma, es acto de la potencia visiva del alma que se llama entendimiento; es ver las cosas como son, su verdad objetiva, su realidad. El saber con perfección implica, aparte del grado perfecto de adaptación del objeto a la potencia que es la evidencia, cuya suma perfección es la inmediata o intuición, el agotar con el conocimiento toda la cognoscibilidad de las cosas. Por donde, el conocer con perfección una cosa consiste en conocer con intuición si es posible, estas tres esferas de su cognoscibilidad. Su esencia, su definición objetiva, su distinción de las otras, que eso es *definire*, y esta es la verdad esencial. Pero puede un conocimiento ser verdadero y científico por llegar a las últimas causas, puede representar atributos que realmente existen en el objeto, y con todo ser pobre de atributos representados. Por esto, las mejores vistas ven más pormenores en las cosas, y los mejores entendimientos ven más notas comprensivas e inteligibles del objeto. A esto podríamos llamar cantidad de verdad sobre cada objeto o riqueza de notas del objeto poseída por el entendimiento. Por fin,

(1) Véanse Cornely y A. Lapide *in hunc locum*.

visto ya el objeto en sí, es decir en sus notas intrínsecas absolutas, resta ver sus relaciones con los otros objetos; y esta es una esfera cuasi infinita de cognoscibilidad. Es, visto el objeto, ver además el lugar que ocupa en la universalidad de los seres. Esta multiplicidad de relaciones vistas por la potencia se da la mano con otra esfera del conocimiento: la multiplicidad de objetos perfectamente conocidos.

Muchas veces se me ha ocurrido preguntarme qué tienen los grandes ingenios, los grandes pensadores u oradores, los que pasan por su invención y originalidad a los oyentes o lectores, que no tengan los medianos y los pobres ingenios. Unos y otros, me digo, tienen los mismos depósitos de doctrina; unos y otros, por hablar de los oradores sagrados, tienen la misma revelación, los mismos dogmas, la misma Escritura sagrada, la misma tradición. Y la respuesta que me he dado y que cada vez más me satisface es esta: Que aquellos ingenios, aquellas vistas excelentes del entendimiento, aun suponiendo que no vean más notas comprensivas en el objeto, ven relaciones nuevas, han hundido su mirada en el abismo del universo o en los abismos de los mundos dogmático, histórico y moral, y han descubierto, hallado (*invenire, invención*) relaciones de cosas y verdades, enlaces misteriosos, de esos que dan fundamento a la admirable unidad de la múltiple creación y de la complicada historia de la elevación del hombre al orden sobrenatural, que es objeto de una idea en Dios que es Dios mismo, relaciones que sorprenden, porque no las había visto aunque existían el pueblo de los míopes.

Y, puestos en este terreno, Señores y Hermanos míos en Jesucristo, vamos a dar de lleno en una verdad que tal vez estáis esperando.

Si el saber y el saber más consiste en ver con perfección y con facilidad e intuición cuanto es posible, más relaciones de las casi infinitas en número que tiene cada objeto cognoscible y cada verdad objetiva, es decir, cada objeto del mundo físico y cada idea del mundo metafísico, es evidente que exige la misma normalidad o rectitud de la vista que se vea antes y que se vea como es lo que es de más tomo y entidad, cual es la destinación de la propia vida a su fin y las relaciones de la propia sustancia y vida con el Criador y Señor, con quien los vínculos de sujeción que nos unen son claros y evidentes.

¿Puede haber verdad de más tomo, relación de más impor-

tancia que la del fin de nuestro propio ser, del cual no son más que accidentes los conocimientos de las cosas, que las relaciones con el Creador del Universo, Sapiencia Omnipotente que creó ese orden que investigan los sabios, relaciones íntimamente ligadas con el problema de la propia felicidad definitiva y verdadera? ¿Puede haber verdad y realidad de más tomo que la del Ser infinito y la de sus planes y voluntades en la variada creación de los seres y en nuestra propia creación?

Pueden los sabios tomar como objeto de su visión las cosas creadas, prescindiendo de esa relación esencial de las mismas; pueden los filósofos humanos y prácticos y los poetas tomar como objeto de su estudio las pasiones humanas y los movimientos del alma *πάθη* y los caracteres *ἔθη*, y descubrir recónditos arcanos del corazón y crear maravillosas síntesis de *ἔθη*, *πάθη* y *πράξεις* en sus producciones artísticas y literarias, todo sin hacer caso de la gran relación del mundo y de los personajes que crean y de sus propias vidas a los eternos destinos. Y serán sabios, porque han creado, y para crear han visto antes lo que creaban y han descubierto fenómenos y relaciones ocultas que han ordenado y dirigido a una acción artística...

Pero, ¿no es verdad que les falta para la plenitud de la sabiduría la visión de lo que es más esencial, de más tomo, la realidad más espantosamente grande y espantosamente eficiente de bien o de mal que se puede concebir, que es la realidad divina y la realidad de la destinación eterna e inmutable de esos mismos hombres comenzando por el mismo vidente, por el mismo sabio creador? ¿No es verdad que aunque aquello es sabiduría mirándola en sí misma, en comparación de esta sabiduría que tiene objetos infinitos e infinita importancia, parece tan pequeña que llega a perder su estimabilidad, como se desestima para el ojo la luz de las estrellas cuando difunde el sol sus rayos, o la de la débil lamparilla a la presencia de un potente foco? ¿No es verdad que para quien contempla serena y atrevidamente la plenitud de la luz, esa luz no merece llamarse luz, esa sabiduría no merece llamarse sabiduría?

Abona esta doctrina el mismo Salomón, al decir que se puso a contemplar esa sabiduría humana que prescinde de lo divino, y, consultando a su propia integral y completa sabiduría, halló que tan bien aquello era vanidad. *Transivi ad contemplandam sapientiam ... loquutusque cum mente mea, animadverti quod hoc quoque esset vanitas.* (Eclesiastés, 2, 12 y 15).



Para que no sea, pues, vanidad, ha de ir acompañada del conocimiento de aquellas grandes y primarias relaciones y de un conocimiento apreciativo de su justo valor, ponderativo, *sapientia*, y que mueva al efectivo obsequio del sumo Hacedor y Señor del Universo, mediante el cumplimiento de toda justicia y la práctica del bien.

¿No fué una sabiduría así la que pidió Salomón cuando se le apareció en sueños el Señor y le dijo: *Postula quod vis ut dem tibi*, y él respondió: *Dabis servo tuo cor docile, ut populum tuum iudicare possit et discernere inter bonum et malum?* ¿Por qué, si no, por qué pedía esa sabiduría que hace santos y amigos de Dios, *sapientiam ad discernendum iudicium*, la que *per nationes, in animos sanctos se transfert, amicos Dei et prophetas constituit*, gustó tanto a Dios la lección de Salomón que le dió lo otro que él no pedía, larga vida, riquezas, gloria? (3.º de los Reyes, 3, 9-11; Sabiduría, 7, 27).

Y esa sabiduría de Salomón, además de ser única y de ser santa y amante del bien, *Spiritus in illa sanctus, unicus, amans bonum*, fué múltiple y sutil y perspicaz y activa, *multiplex, subtilis, disertus, acutus*. Porque en virtud de ella, conocía *dispositionem orbis terrarum, et virtutes elementorum ... anni cursus et stellarum dispositiones, naturas animalium et iras bestiarum, vim ventorum et cogitationes hominum, differentias virgultorum et virtutes radicum, et quaecumque sunt absconsa et improvisa...* Porque es una sabiduría que *scit versutias sermonum et dissolutiones argumentorum, signa et monstra scit antequam fiant, et eventus temporum et saeculorum*. (Sabiduría 7, 17-21; 8, 8).

Esta es la que llamo sabiduría integral, la sabiduría de Gracián que es su mayor elogio y por la cual *aeternum lucebit*, eternamente brillará, como termina la inscripción de su retrato del colegio de Calatayud, por la cual está obteniendo estos homenajes que son débil reflejo de la gloria inmensa que por su sabiduría le circuye.

## II

Pero aún nos queda un paso que dar en esta excursión por la sabiduría integral y completa de que hablo, paso necesario para conocer las más interesantes facetas de su génesis e historia, que

son a la vez ideas madres de la filosofía cristiana, y completan el concepto de la sabiduría de Gracián.

Y es, que la Sabiduría sustancial y eterna se encarnó y vivió vida terrena para ser modelo de nuestra vida. Practicó y predicó una sabiduría nueva que fué escándalo para los judíos y necedad para la sabiduría puramente humana, para la sabiduría horriblemente manca de los griegos: la sabiduría de la Cruz y de la humillación y del dolor. Y desde entonces, el camino de la gran sabiduría del hombre, de aquella que hace gratos a Dios, de aquel *Spiritus intelligentiae sanctus* es el camino de la Cruz de Cristo. Por esto, prácticamente el tipo del sabio perfecto, del sabio con sabiduría integral y completa es el que, poseyendo la sabiduría de las cosas humanas, vive en un perpetuo abrazo con la Cruz de Jesucristo.

Es cosa sorprendente que, tantos siglos antes de la Pasión del Señor, haga el autor del Libro de la Sabiduría un tan explícito vaticinio de ella, como el que hace en el capítulo 2.º, y que lo haga con este matiz propio del tema de aquel libro: que a la Sabiduría de Dios, al justo que decía tener la Sabiduría de Dios había de dar muerte humillante y dolorosa la temeridad insensata de los necios. Y predice los pensamientos y consejos de la necedad de los impíos *cogitantes apud se non recte*, en los conciliábulos de su conjura, según los cuales, la necedad viciosa había de dar muerte a la Sabiduría y al Justo porque la convencía de la ridiculez y extravío de sus juicios: *Tamquam nugaces—dicen— aestimati sumus ab illo, et abstinet a vitiis nostris tamquam ab immunditiis, et praefert novissima justorum et gloriatur patrem se habere Deum... Contumelia et tormento interrogemus eum ut sciamus reverentiam ejus et probemus patientiam illius. Morte turpissima condemnemus eum... Haec cogitaverunt, et erraverunt... Et nescierunt sacramenta Dei... nec judicaverunt honorem animarum sanctarum.*

Esos misterios y recónditos arcanos de Dios, esos *sacramenta Dei* que ellos ignoraron los hemos conocido nosotros. Oh, señores y hermanos míos. ¿Nos hemos parado alguna vez a profundizar y meditar en la gran filosofía que encierra, en la filosofía sapientísima y divina que encierra el remedio de la mortificación y de la Cruz traído por la Sabiduría sustancial, para el mal exacerbado por la original caída de una naturaleza formada de componentes tan en pugna, en que la derrota del espíritu envuelve la perpetua

ruina de los eternos destinos? ¿Hemos estudiado el porqué de la vida de Jesucristo y de tal vida y doctrina, que es el camino seguro de la vida del cristiano?

Hasta aquí hemos estudiado el concepto integral de la Sabiduría en el Libro de la Sabiduría. Pero al llegar en él al peregrino paraje de la sabiduría paciente, su estudio ha de entrar por nuevos derroteros. Tras las diatribas de aquel libro contra la sabiduría que sabiendo lo menos ignora lo más, la nueva fase de su estudio ha de ser la contenida en el Evangelio y en las Epístolas de San Pablo. El cual, en su Primera a los Corintios, nos recuerda aquella palabra de Dios en Isaías: *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo. Ubi sapiens? Ubi scriba? Ubi conquisitor hujus saeculi? Y prosigue: Nonne stultam fecit Deus sapientiam hujus mundi? Nam, quia in Dei Sapientia non cognovit mundus per Sapientiam Deum, placuit Deo per stultitiam praedicationis salvos facere credentes... Quoniam et judaei signa petunt, et graeci sapientiam quaerunt; nos autem praedicamus Christum crucifixum, judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam, ipsis autem vocatis Judaeis et Graecis Christum Dei virtutem et Dei Sapientiam; quia quod stultum est Dei sapientius est hominibus, et quod infirmum est Dei fortius est hominibus...* (1.<sup>a</sup> a los Corintios, 1, 19-25; Isaías, 29, 14 y 33, 18).

Y termina con esta afirmación que señala el punto más principal y saliente de la Sabiduría cristiana: *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum et hunc crucifixum* (2, 2); de cuya verdad es consecuencia lógica aquel grito del alma que tantas veces repite: *Absit mihi gloriari nisi in Cruce Domini Nostri Jesu Christi.*

Os ruego me perdonéis si os ha parecido larga esta disertación sobre la integral y completa sabiduría. Sobre todo os pido que no lo atribuyáis a recurso oratorio, como si fuese una *revocatio ad thesim* por falta de argumento. ¡Hablando de Gracián y de sus obras lo que sobra es argumento! He querido tan sólo, preparar el punto de vista verdadero, enfocar bien el antejo y corregir la lente, para quitar al objeto de nuestra visión, al astro luminoso que vamos a contemplar y que se pierde en los inmensos espacios de los pasados siglos, falsas irisaciones y cromatismos, aureolas de martirio que por falta de enfoque han creído ver en él algunos sabios.

## III

Visto el concepto de la que llamo sabiduría integral, y entendido que ésta fué la forma que inundó de claridades el alma de Gracián y lo hizo sabio, podemos ya entender sin errores y oscuridades toda su admirable sabiduría.

Poco sabemos de la vida de nuestro héroe. Mucho, sobre sus obras, que están a la vista.

Paréceme que se puede dividir la vida del hijo de Belmonte en tres grandes épocas: la época de su vida seglar; la de su formación ascética y literaria, y la de producción.

Aquí, rodó su cuna, en esta villa que se precia de haberlo sido del segundo ingenio de su siglo, como apellida a Gracián Menéndez y Pelayo.

No sacó, claro está, de su nacimiento y de su pueblo toda la sabiduría que admiramos en sus obras; pero sacó el ingenio nativo, la capacidad para, mediante el desarrollo debido y el ambiente propicio, llegar a donde llegó.

Belmonte, Calatayud, Toledo, donde dice él que se crió con un su tío el licenciado D. Antonio Gracián: ¿cuántos años y cuáles de los diez y ocho y medio que vivió en el siglo estuvo en cada una de estas poblaciones? Lo ignoramos.

¿Hasta qué punto hizo presa en él en sus años infantiles aquella matrona de “risueño aspecto, alegres ojos, dulces labios y palabras blandas, piadosas manos, y toda ella caricias, halagos y cariños, que gobernaba con agasajo aquella tropa de niños para meterlos luego en el profundísimo valle a ser pasto de las feroces alimañas”, la mala inclinación? ¿Cuánto tardó aquella hermosísima mujer “de sereno rostro, que de él y de la mucha pedrería y recamado ropaje despedía una inundación de luz, la razón, en amanecer por la otra parte del valle, para volar desalada a libertar al infante de las garras de las fieras”? (“El Criticón”, Parte Primera, Crisi V, La entrada en el mundo).

Pronto debió llegar, pues tengo para mí, señores, que Gracián en aquellos 18 años vivió muchos años. Lucharían la razón y la gracia contra las pasiones, que deberían ser pujantes en aquel grande hombre. ¿No fueron hombres de grandes pasiones Ignacio y el Apóstol de las Indias? No me avengo a creer, como alguien ha

dicho, que era incapaz de afectos Gracián, y que, de tener algunos, se los hubiesen quitado los Jesuítas. Sin ánimo de ofender a quien tal ha proferido, sostengo que es falsa esa proposición en sus dos partes. Quien con tal viveza pinta las pasiones de Critilo cuando éste narra su historia y los encantos de Falsirena cuando ésta logra seducir a Andrenio, se ve que había sentido hervir la sangre en su mocedad y brotar afectos grandes y pujantes en su alma. Cuanto a lo segundo, sé por experiencia que la sensibilidad en la formación literaria que da la Compañía no se destruye, sino que se despierta en muchos y se desarrolla armónicamente, se depura y se ordena en todos. Claro está que se le quitan los objetos contrarios a la religiosa profesión; pero eso lo hace ya la voluntad del candidato con el mero hecho de pedir la religión.

Pero ahora tratamos de la vida seglar de Gracián, y no es desdoro suyo, sino sello del grande hombre, el que la naturaleza le hubiese dotado de esas grandes fuerzas impulsoras, indiferentes en sí, pero que dirigidas por la libertad y la gracia a grandes objetos dan cabo a grandes empresas y empujan a hazañas gigantescas: las pasiones.

Digo más: Ha cruzado por mi mente la idea (no tengo datos bastantes para asegurarlo) de que en aquel período turbulento de la vida de Critilo, en el período de sus locuras y de los torbellinos de sus pasiones, seguido del otro del desengaño y del estudio de la sabiduría, ha querido pintar, aunque recargando terriblemente las tintas, los últimos años de su vida seglar y el desengaño final que le hizo dejar el mundo y seguir a Jesucristo por la senda áspera de la virtud que es la verdadera sabiduría.

Porque creo casi cierto, que, cuando el 14 de mayo de 1619 (mañana se cumplen años) entraba Gracián por las puertas del Noviciado de Tarragona, iba más cargado de desengaños que inmune de los dardos del mundo, que más tarde había de pintar con sagacidad tan portentosa. Debió de conocer mucho el mundo en estos años. Por mucha que sea la sagacidad y poder de adivinación que se le atribuya y muestren sus escritos, parece imposible que con sola la lectura de autores y el atisbo por la ventana del confesonario, pudiera ver tanto y tan profundamente como pintó después, con más profundidad y acabamiento que Quevedo, a quien supera en ingenio; sin que para esto obste lo que lo realza más, si bien fué causa tal vez de que no durase tanto como en aquél el ávido afán de sus lectores y el coro de sus alabanzas, a saber,

la casta pureza de expresión y los pudorosos cendales con que envuelve, al manejarlo, el vicio.

Por lo demás, es una verdadera coincidencia, que, como el escarmentado Critilo al inexperto Andrenio, Gracián quiera llevar a sus lectores por el camino del desengaño al de la integral sabiduría, y de éste a la Isla de la Inmortalidad, donde está la adorada Felisinda.

#### IV

Triunfó en Gracián la sabiduría de la necesidad del mundo, la gracia del poderío de las pasiones, su *cor docile ad discernendum judicium* con que Dios lo había dotado de las falsas apariencias. Vió a la Sabiduría de Dios entrada por el camino de la mortificación para que siguiéndole por él los hombres llegasen a la felicidad verdadera, y quiso entrarse por él y seguir a su modelo entre los más esforzados, por la senda de los consejos evangélicos. Conoció a la Compañía. El, dice en carta a Ustarroz, que aprendió latinidad de los jesuítas. Y creyó que ese era el camino que Dios le trazaba, ese el camino de la sabiduría donde reina el *spiritus intelligentiae sanctus*, y que conduce a la inmortalidad feliz donde la ansiada felicidad está esperando.

La Compañía de Jesús, tal como es y como está ideada por su inspirado fundador, era un ambiente propicio para el desarrollo de los gérmenes de sabiduría que forman el ingenio nativo y de los otros gérmenes de virtud que fueron brotando en el alma de Gracián por su buen natural y su *cor docile*, por su educación y sus desengaños; podía la Compañía darle esa sabiduría integral de que están llenas sus obras para llevar a ella a sus lectores y que sin duda deseó antes para sí al elegir estado. Para contribuir a la obra de la sabiduría encarnada, a la salvación del mundo, entendió el prudente fundador de la Compañía que no estorbaba, sino que conducía el estudio de la sabiduría humana. Por la efervescencia del renacimiento, eran además de actualidad los conocimientos humanísticos y filosóficos para llevar las almas por la filosofía humana y terrena a la filosofía divina y celestial. Quiso, pues, que fuese esencial en la Compañía la profesión de las humanas y de las divinas letras; y, por esto, en toda su historia y en la época de Gracián por tanto, se ha esforzado esta Religión

en formar a sus hijos según su capacidad, dándoles a un tiempo la librea de Jesucristo, que es su espíritu, el elemento divino, y el bagaje de la ciencia humana para su perfeccionamiento natural. Para que así, teniéndola ellos, pudiesen comunicar a los otros la sabiduría integral a que exhorta el Libro de la Sabiduría.

El metal que aportaba Gracián era excelente. El labrado iba a serlo también. Por esto, la obra fué portentosa.

Consecuente la Compañía con los principios del seguimiento de Cristo que la informan, los lleva a la práctica. Y, antes de admitir al candidato a que vista la sotana, le manifiesta claramente a dónde va, y le pregunta si está conforme con recibir humillaciones y si las desea o por lo menos tiene deseos de desearlas para llegar a la realidad de los deseos cuando ya entrado vaya informándose en su espíritu. Y profesa el efectivo aborrecimiento del mundo por obligación de regla: “Es mucho de advertir y ponderar — dice la 11.<sup>a</sup> — en cuánto grado ayuda y aprovecha a la vida espiritual aborrecer en todo y no en parte cuanto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo Nuestro Señor ha amado y abrazado. Como los mundanos que siguen al mundo aman y desean con tanta diligencia honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra como el mundo les enseña, así los que van en espíritu y siguen de veras a Cristo Nuestro Señor aman y desean intensamente todo lo contrario; es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor, por su divino amor y reverencia: tanto, que donde a la su divina Majestad no le fuese ofensa alguna ni al prójimo imputado a pecado, deseen pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasión alguna de ello, por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea, pues la vistió él por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos ejemplo, que en todas cosas a nosotros posibles, mediante su divina gracia, le queramos imitar y seguir, como sea la vía que lleva a los hombres a la vida.”

Y esto no es letra muerta. Frecuentemente se avisa a los que entran de sus faltas. Es más: ellos mismos piden permiso para decirlas en público refectorio, y las escriben en algunos días señalados para que les reprendan por ellas. Esto lo hacen todos. Esto lo hizo Gracián innumerables veces. Y que, por este medio, llegó el gran espíritu de Gracián a desear los oprobios y humi-

llaciones y a seguir de hecho la verdadera sabiduría cristiana de la Cruz de Cristo, que es el espíritu de la Compañía, lo prueba el que ésta lo destinase a la formación de los nuestros en los cargos de Profesor, de Rector de Tarragona y a la par probablemente de Maestro de Novicios: cargos que no se confían sino a los muy poseídos del espíritu de la Compañía, el cual han de infundir en los nuevos reclutas que vienen a engrosar sus filas.

¡Con qué fervor pronunciaría en los Ejercicios espirituales de año y aun en su oración cotidiana aquella alma franca y aragonesa, generosa y decidida, la oblación con que termina la meditación del Reino de Cristo! “Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los Santos y Santas de la Corte Celestial, que yo quiero y deseo, y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio, y toda pobreza así actual como espiritual....” ¡Con qué alientos e instancias pediría en los tres coloquios de las banderas ser recibido debajo de la de Cristo, “primero en suma pobreza.... y segundo en pasar oprobios e injurias por más en ellas le imitar....”! ¡Con qué ahinco y eficacia inculcaría más tarde a los jóvenes confiados a su dirección y cuidado este mismo espíritu, cuando fuesen a él a consolarse lastimados por los abrojos de que está erizado el camino de la Divina Gloria!....

Sin peligro de error notable, podemos fijar en su vida las siguientes fechas:

En el bienio que corre desde mayo del 19 a mayo del 21, hizo su noviciado.

Del 21 al 24, estudiaría las humanas letras. Del 24 al 27, filosofía escolástica y ciencias naturales. Ejercería, a partir de esto, durante dos o tres años, la enseñanza en los colegios. En febrero del 28 estaba en Calatayud. Consta, por un documento que vió La Fuente, donde aparece su firma con las de nueve Padres de aquel colegio, y la de su Rector P. Pedro Jerónimo Continente, con que redimen un censal de los que dejó Micer Pedro Santángel.

Por el año 30, comenzaría el estudio de la Teología. Entonces, no siendo, según esto, aún sacerdote, publicó en Madrid “El Héroe”, como nos dice Sommervogel.

El 34, haría la tercera probación, y consta que el 35 hizo la Profesión solemne.



Por argumentos tomados de la formación que da la Compañía y de los cargos de confianza que desempeñó, hemos deducido su fervor religioso. Para probar el ahinco con que en este tiempo de formación se dedicó al estudio de la sabiduría humana, tenemos un argumento irrecusable: sus obras. ¡Con qué ardores de su alma generosa juntaría mentalmente toda esa plenitud de sabiduría ascética y teórica al hacer, ya formado, su Profesión, y la consagraría radiante de amor *ad majorem Dei gloriam* y a la salvación de las almas! Muchos nativos ingenios se quedan para siempre, por falta de ambiente y medios de desarrollo, en embrión: ¡Cuán agradecido a la Compañía quedaría aquel hidalgo y noble corazón, por la cual el germen de sabiduría que sacó de Belmonte tuvo ambiente propicio y medios de desarrollo, para llegar a las dimensiones gigantescas que admiramos!

## V

Y llegamos en la vida y cronología de Gracián a la época de producción. En los quince largos años que median entre el 35 y el 51, el sol de su sabiduría integral brilla sin eclipses y sin sombras.

Como Rector y Profesor de Humanidades, de Filosofía y de Teología moral; como misionero en Madrid y otras ciudades y villas; como autor de “El Político Don Fernando el Católico”, de “El Discreto”, de “El Oráculo manual” y de la “Agudeza y Arte de Ingenio”; va difundiendo doquiera los rayos de su luz y de su espíritu.

Fué orador sagrado; y puso al servicio de la sagrada predicación las brillantes luces de su ingenio y los ardores de su celo. Conmovía a los pueblos en sus misiones.....

Del fruto de sus sermones, aunque no hubiese otros, yo veo un testimonio fehaciente: la seguridad de conciencia con que recuerda más tarde al P. General el mérito de sus misiones, en el momento de su gran tribulación por la reprensión pública sufrida, y el agradecimiento que le muestra aquel Superior por aquellos y otros trabajos soportados por la gloria de Dios en la Compañía. Su fuerza oratoria se adivina en sus escritos. Yo, señores, por poner un solo ejemplo de los muchos que andan esparcidos por sus obras, os confieso que quedo admirado, cuando

veo en el Congreso o Academia que finge en Roma el autor de "El Criticón", la facilidad, flexibilidad y agudeza de ingenio con que en boca de unos y otros personajes defiende en sendos discursos, con verosimilitud y fuerza, proposiciones contrapuestas, al disputarse el tema: dónde se encuentra la felicidad ("Criticón", 3.<sup>a</sup> parte, Crisi IX).

Por lo dicho hasta ahora, por sintético y compendioso que sea, y por la consideración de toda la obra en conjunto de Gracián, echamos de ver cuánto lo informó aquel espíritu de sabiduría santo y amante de hacer bien y activo, *spiritus intelligentiae sanctus, amans bonum, acutus*, que es único y múltiple *unicus, multiplex*, y que es sutil y profundo, y perspicaz y penetrante, *subtilis, disertus* (1). Todos estos atributos y cualidades de la sabiduría de Gracián campean en su vasta producción literaria; pero en ella tienen como su lugar propio los dos últimos. A las obras del humano ingenio se ve que propendía más su afición. Fué teólogo, sin duda, y gran teólogo. Pruébanlo sus cátedras y el saborcillo que impregna sus escritos, que los muestra salidos de un fondo henchido de sagrada ciencia. Pero sus preferencias, fuera del "Comulgatorio", las tuvo por ejercitar su ingenio filosófico y su erudición y hábitos humanísticos más bien que la Teología. Y eso que es predicador en todas sus obras, *amans bonum*, y en todas se propone hacer mejores a los hombres y llevarlos por la virtud al cielo. Predica en sus escritos con la filosofía, como predicaría en los púlpitos con la Teología y la Escritura. Para los púlpitos y cátedras y para el Comulgatorio reservó, según se ve, estas sagradas ciencias.

No he de hablar yo, pigmeo en la materia, del mérito literario de sus obras. Eminencias literarias han hablado en el reciente ciclo de conferencias de la Universidad de Zaragoza y aquilatao toda la perfección de su visión filosófico-humana y de su estilo prodigioso. Quedaríame el recurso de reproducir sobre el asunto ajenas alabanzas. Pero es demasiado conocido de vosotros lo que los extranjeros Postel, Borinski, Farinelli y Schopenhauer han dicho sobre las obras de Gracián, para que sea oportuno el repetirlo.

Sólo me atrevo a exponeros, sin cerrado criterio y sin ánimo

(1) Los epítetos de la vulgata *subtilis, disertus, acutus*, corresponden respectivamente a estos del original griego: λεπτόν, τρανόν, ὄξύ, cuya versión más propia en el presente lugar es: sutil, perspicaz y veloz o activo. Véase Cornely.

de enseñar, algunas observaciones y conceptos propios que someto desde luego a vuestra aprobación o censura.

Aunque parezca atrevida la proposición, creo que Gracián tiene el gran mérito de haber triunfado, con el poderío de su ingenio, del mal gusto de su época, hasta el punto de que no sólo no fué culteranista (odió al culteranismo, como se ve en algunas expresiones de la "Agudeza y Arte de Ingenio"), pero ni siquiera conceptista en el sentido estricto de la palabra. Cuando a la multitud de conceptos corresponde multitud de realidades significadas y realidades nuevas desentrañadas por aquéllos de los abismos de lo ignoto, hay multitud de conceptos, pero no hay conceptismo. Hay conceptismo en el sentido estricto en que aparece con el sambenito del vicio, cuando por el prurito de parecer conceptuoso se formulan expresamente conceptos a los cuales no responden en la realidad sino vulgaridades o vaciedades. Es alarde de filosofía y pensamiento propio, sin filosofía ni pensamiento propio. Por lo demás, el leve tributo que rindió Gracián a su época de retruécanos y saltos rápidos de significación en las palabras ambiguas, derivadas o similitercadentes no me parece apenas digno de tomarse en cuenta, ante el mérito colosal de su visión sagaz y creadora.

Sorprende igualmente en su obra más prodigiosa "El Criticón", el ver fundidas en un mismo troquel y vaciadas juntas la poesía y la más profunda y sistemática filosofía de las ruindades humanas.

Muy atinadamente, a mi pobre juicio, observó el egregio autor de la carta invitatoria al cursillo de Zaragoza, que "no es Gracián para leído en el tumulto de las batallas sindicales. Requiere la sala de estudio, sin excluir el encanto y la libertad de la emoción artística. Requiere el respeto y la firme resolución de leerlo despacio y meditarlo". ¡Cuánta verdad es todo esto! Es "El Criticón" un arsenal de observaciones profundísimas de la vida, observaciones sistematizadas y ordenadas a un fin, y al mismo tiempo un arsenal de argumentos *novelables*, digámoslo así, y aun de las mismas novelas en embrión.

Lo principal en el intento del autor, y que a mi juicio le da su especificación y su carácter intrínseco resultante, de obra filosófica, es el fin útil de la corrección y el desengaño; pero, era artista el autor, y quedó fundido juntamente el fin honesto de la emoción artística. Ignoramos si Gracián hubiese tenido, de pre-

tenderlo, lo que podríamos llamar un regulador dosificante de ideas, para desarrollar esas novelas y hacerlas legibles con más velocidad y menos esfuerzo y, con esto, y con dejar extrínseco a la obra artística el fin ulterior del hombre de predicar y corregir con ella, hacerlas obras absolutamente artísticas (1). Potencia creadora de caracteres y situaciones, y estilo sazonado ciertamente lo tuvo.

La densidad prodigiosa de ideas es la causa por que es necesario leerlo despacio. Su lectura ha de tomarse como un estudio literario. Esta es la causa, sin duda, por que el vulgo no lo conoce: ¿quién sabe si lo será también de que no lo hayan conocido muchos literatos? Pero quien lo lee con ánimo estudioso y tiene formación adecuada para adivinar todo ese arte que está allí condensado y como en larvas, no sólo percibirá lo filosófico de sus verdades, sino participará también del deleite y la amenidad de la obra artística.

## VI

Entremos ya en el último período de su época de producción, el de la publicación de esta obra monumental, el lapso de tiempo que va desde el año 51 hasta el 57. Resignémonos a entrar, digo, en el único punto oscuro de la vida de Gracián. Por piedad y por justicia, lo callaría. Porque es género de justicia no exponerse a que en la estimación de algunos menos avisados, este breve período de oscuridad crezca tanto sobre lo que en la realidad monta, que llegue casi a oscurecer una larga vida de irradiaciones luminosas, lo cual sería tanto como juzgar de la potencia iluminadora del sol por los desfallecimientos de una hora de eclipse. Y por piedad, porque, como el componente sombra de culpa seguido del arrepentimiento no influye en el compueso resultante para que

(1) El P. Coloma es, a mi juicio, quien mejor ha sabido juntar en sus obras artísticas la intensidad de la predicación, digámoslo así, con la intensidad de la aptitud para el deleite estético. Y es, que ha sabido distinguir perfectamente en una misma personalidad el fin del hombre que puede ser predicar, ganar dinero, hacer propaganda política, del fin del artista que es principal y necesariamente el deleite estético; y ha sabido incluir en la obra, de aquel fin del hombre, nada más lo que en cantidad y forma fuese compatible con el fin artístico, sin ponerlo en contingencia de no obtenerse, con enseñanzas que entorpecen la acción. Así, resulta que, obtenido el fin artístico, éste con toda la acción contribuye a obtener el fin ultraartístico, que ha de estar fuera de la obra y como en un plano distinto. Así lo han hecho con éxito brillante, Pereda, Fernán Caballero, y, en lo que a predicación y moral cristiana se refiere, el pulidísimo y depuradísimo Coloma.

deje de ser todo luz bellísima, podía haber lugar a la piedad sin incurrir en injusticia, no recordando lo que en algunas mentes ávidas de escándalo podría preponderar sobre los positivos méritos de un hombre tan amante de la justicia.

Sin embargo, como la injusticia disfrazada de un género de alabanzas a Gracián que él no agradece ha sembrado en ese punto concreto la deformidad del desorden, es mayor tributo y más elevado género de glorificación al justo Gracián, al Gracián amante de la verdad, a aquel Gracián cuyas voluntades en el éxtasis de amor beatífico en que está sumido están indentificadas con las voluntades de Dios suma Verdad y Belleza infinita, el salvar la verdad en este punto y restituir el orden, aunque para esta glorificación sea necesario sacar a plaza sus flaquezas, las cuales mismas, cubiertas con el paño de oro del arrepentimiento, no le son ya de confusión, sino de más esplendente gloria.

El hombre iluminado por la luz de su sabiduría integral, el que dominaba sus pasiones atraído por el sedante aroma de la Cruz de Cristo, Sabiduría infinita a quien seguía, rindió tributo al barro humano; que esa es la condición de las terrenas encarnaciones de la sabiduría: apeteció desordenadamente y con prisas y desasosiegos imprudentes que aquel parto de su ingenio viese la luz de la publicidad; y este desorden de un apetito de suyo honesto y laudable le cegó hasta el punto de llevarle a infringir, primero, sabias y prudentes reglas y ordenaciones de su Religión, a las cuales voluntariamente se había sometido, y, después, a quebrantar osadamente un precepto de santa obediencia con censura. Y, cuando cayó sobre él la sanción que había de caer so pena de hacerse la Compañía cómplice de su delito, pasó por su alma una oleada de amargura, encapotóse el cielo donde brillaba la luz de su sabiduría, y en aquella borrasca pasajera suscitada por su amor propio herido, perdido el tino, hubo un momento en que no buscó la luz perdida, ni esperó a que se serenase el cielo para orientarse en su rumbo, sino que, sin norte en las tinieblas, quiso imprudente dar una dirección a su vida propia de las tinieblas y fluctuaciones en que estaba: pidió al P. General licencia para pasarse a otra orden religiosa.

¡Es notable coincidencia que en el mismo momento en que trataba de dar a la luz pública la obra destinada al desengaño del engañoso Falsimundo, la obra cuya síntesis de intento de desengaño está cifrada en el título de la traducción francesa “L’homme détrompé ou le Criticon” fuese él mismo engañado y zarandeado por

aquella ola de mundo, que es el apetito desordenado de percibir para el bien propio del aplauso humano, de ese aplauso tan condenado en "El Criticón" como acarreador de males, el usufructo de su ingenio!

¡Cuánto se han recargado las tintas de su desgracia! Yo concedo de grado, señores y hermanos míos, que hubo un año en que Gracián fué desgraciado. Pero esa desgracia ni fué una fatalidad para él, ni fué obra ajena. En su desgracia, Gracián fué hijo de sus obras. Sobrevino sobre Gracián la borrasca del 57, pero antes habían precedido los vientos voluntariamente desatados por Gracián del 51, del 53 y del mismo 57.

Más de diez años antes, había escrito Gracián en "El Discreto" una fábula admirablemente trazada, en la cual, a la querella que entabló contra la Fortuna ante Júpiter el más desgraciado de los animales, da este fallo aquel supremo Juez: "Infeliz, nunca vos fuérades tan desgraciado si fuérades tan avisado", y alzando la voz continuó diciendo: "Desengañense todos los mortales, que no hay más dicha ni más desdicha que Prudencia o Imprudencia". Y, antes, había estampado en el "Primor último" de "El Héroe": "Todo héroe participó tanto de felicidad y de grandeza cuanto de virtud; porque corren paralelas desde el nacer al morir. Eclipsóse en Saúl la una con la otra....." ¡Eclipsóse en Gracián, podemos decir también, la una con la otra!...

Culpable fué Gracián y gravemente culpable. Pero, a la culpa que se consume en la voluntad había precedido la ceguera de entendimiento. No os admiréis. ¿Qué hombre hay y aun qué sabio hay que no haya cometido imprudencias? No hago mío el aforismo de un ingenio malogrado que cita al P. Coloma en su discurso de recepción en la Academia de la Lengua, según el cual: La diferencia característica que hay entre los necios y los sabios es, que los necios dicen las tonterías y los sabios las hacen. No hago mío, digo, ese aforismo, por su demasiada universalidad. Pero, ¿cómo nos hemos de admirar de ello, si el prototipo de la sabiduría integral entre los puros hombres, el que la poseyó y la descubrió y legisló asistido del Espíritu Santo, Salomón, incurrió lamentablemente en la gran tontería y culpa de la idolatría? ¡Cuánto más enorme fué la culpa del modelo y tal modelo, que la de su imitador en la sabiduría integral Gracián!

Pero, veamos ya la historia de este período fiel y puntualmente narrada, como la he podido colegir de los documentos sacados del

Archivo General Central de Alcalá de Henares, de los cuales quiero decir, de seis cartas del M. R. P. General Gosvino Nickel a los Provinciales de Aragón, poseo copia. ¡Con qué toquecitos tan habilidosos he visto en algún impreso pervertido el sentido de alguno de estos documentos!

No veo cierto que el P. Gracián publicase sus obras anteriores al *Criticón*, sin conocimiento y licencia de sus Superiores, aunque las publicó con el nombre supuesto de Lorenzo. Hay indicios por una y otra parte.

La regla de someter a la censura y licencia de los Superiores las obras que se escriben para la imprenta, es de grandísima importancia. Es prenda de la ortodoxia de sus ideas, de que no habrá en ellas ofensión para los mismos a quienes la Compañía quiere llevar a Dios, y prenda también de acierto y perfección de la misma obra. Es un favor que se hace al mismo autor. Pero, señores y hermanos míos, si eso lo hacen todos....; si lo hizo Gracián, quien, para el último de los fines indicados, daba la crisis de su *Criticón* a sus amigos Lastanosa y Salinas, que fueron no solo censores, sino verdaderos correctores..... (1)

Pero esa importancia de la regla crecía grandemente en el siglo de Gracián. Era un siglo en que se publicaban verdaderos errores; siglo en que, o por no ser entendida la doctrina de los jesuítas sobre el Probabilismo, o porque algunos tal vez se deslizaron extremándola, o porque el mal gusto literario de la época llevaba a algunos a decir verdaderas atrocidades y errores materiales y puramente de sonsonete, debidos a audacias oratorias, la Compañía era muy perseguida en su doctrina. “El Elucidario” del P. Poza fué puesto en el Índice. Tengo entre mis papeles cartas de los PP. Generales en que exhortan a los Provinciales a que, por Dios, destierren tan pésimo gusto de algunos de nuestros predicadores. En una del P. General Vitelleschi del año 31, tiempo en que Gracián inauguraba su vida de escritor, al Provincial de Toledo, reprende aquel Padre las paradojas estupendas del P. Galindo en sus sermones: “Que el bien por ser bien nos daña y hace

(1) — Que los Superiores pretenden el buen nombre de la Compañía..... — ¡Pues, no faltaba más! Que no velasen los Superiores por el buen nombre necesario para cumplir el fin de influir en el bien de las almas!..... ¿Qué director de empresa periodística no establece censura de los artículos de sus redactores, para el buen nombre de la empresa y el consiguiente emolumento del número de suscripciones? Ahora, comparad fin con fin, y veréis cuánto más alta se eleva la censura de la Compañía sobre esas otras censuras.

guerra". "Que el amor es cuchillo del bien que amamos y que viene a morir a manos del bien que ama". "Que la Santísima Virgen murió, por ser tan grande bien, y murió porque no había de morir". Y se admira cómo quedaron sin corrección proposiciones como ésta de un estudiante en refectorio: "Que la naturaleza humana y la divina eran una misma cosa", así sin limitación que lo templase, y que "Dios no supo o no pudo sacar de una vez a Nuestro Padre S. Ignacio".

Era, pues, un cargo de conciencia para los Superiores el velar por las obras que se imprimían.

En esto aparece, el año 51, la primera parte de *El Crítico*.

Como el autor pretendía el incógnito y la clandestinidad para con la Compañía, no usó el conocido seudónimo de "Lorenzo Gracián", como en las anteriores obras, sino el anagrama de sus dos apellidos "García de Marlones" (1). Aquel mismo año, fué promovido a la cátedra de Sagrada Escritura en Zaragoza. Al siguiente, escribíase contra *El Crítico* acerbamente, y llegaban cartas al P. General con querellas sobre el mismo.

Fecha, 13 de abril del mismo año, escribía el P. General Gosvino Nickel al Viceprovincial de Aragón, P. Jacinto Piquer: "Avisanme que el P. Baltasar Gracián ha sacado a luz, en nombre ajeno y sin licencia, algunos libros poco graves y que desdican mucho de nuestra profesión, y que en lugar de darle la

(1) He dicho antes que Gracián rindió tributo a la tontería humana. Aun para su fin de publicar su obra, fué imprudente su conducta. No hay ningún indicio sólido para creer que la Compañía no se lo hubiese dejado publicar si lo hubiese sometido a su censura. Nadie es capaz de probarlo. Es más; hubiese ganado el «*Criticón*» con la censura de la Compañía.

La Compañía, viendo una obra de mérito la hubiese aprobado, como ha aprobado tantas del género ameno y aun satírico. Y le hubiese hecho el favor de purgarla de expresiones que pudiesen ofender a los lectores de entonces. Purga, que nada le hubiese quitado de su mérito. Porque hubo de hecho ofensas, las cuales motivaron las delaciones al P. General, que fueron probablemente de fuera de la Compañía. El libro «*Censura de censuras.....*» de un fraile de Valencia lo atestigua además. ¡Cuántos disgustos se hubiese ahorrado, pues, Gracián, si hubiese seguido otra conducta!

Ningún indicio sólido, repito, hay para creer que no se hubiese aprobado. Tengo argumentos para responder a los que pudieran traerse, y a los que han sonado ya Examinemos el principal: Son las frases del P. General Gosvino Nickel en su carta del 14 de abril de 1652: «Avisanme que..... ha sacado a luz..... algunos libros poco graves y que desdican mucho de nuestra profesión.....» Es evidente que estas frases no son de él. Son frases de la acusación, no son el fallo. El fallo, el prudentísimo fallo que da entonces es lo que dice a continuación al P. Vice-Provincial: «V. R. examine con diligencia.....»

Otras frases por el estilo se refieren a la totalidad de la conducta de Gracián de imprimir aquellos libros sin permiso. Esto es lo que repite siempre el P. Nickel. Esto y el haber quebrantado el precepto de Santa Obediencia es lo único que echa en cara a Gracián en la carta a que se refiere la del 10 de junio de 1658: «.....le digo cuán merecidas tenía las penitencias que se le han impuesto, por haber impreso sin licen-



penitencia que por ello merecía, ha sido premiado encomendándole la cátedra de Escritura en el Colegio de Zaragoza. V. R. examine con diligencia.....”

No debió descubrir gran cosa con sus diligencias el P. Piquer, ni debió notar mucho esas diligencias Gracián, cuando al año siguiente, 53, se atreve a publicar, con su ordinario y más conocido pseudónimo “Lorenzo Gracián”, la segunda parte de El Criticón.

El nombre con que había publicado las anteriores obras puesto al frente de esta segunda parte, debió de aumentar las sospechas de que el autor de ambas partes era Gracián. Es lo cierto que el P. Provincial, que debía ser ya el P. Diego de Alastuey, probablemente de orden del P. General, le impuso precepto de santa obediencia, con censura para que no publicase libros sin permiso.

Consta esto y el ningún caso que hizo de tal precepto y censura, de una carta posterior, o sea de marzo del 58, a raíz de la publicación de la tercera parte. Esta carta es del P. General al ya entonces Provincial (antes había sido Viceprovincial) P. Jacinto Piquer, en que le dice: “Pues se sabe ya que no ha guardado el (precepto) que se le puso cuando sacó dicha segunda parte, conviene velar sobre él.....”

Por este tiempo, año 55, fué cuando publicó su “Comulgatorio”, obra primorosa y de excelso mérito por el conocimiento de la Escritura y de la Ascética que muestra, por la originalidad del plan y de su desarrollo y por las dulzuras y suavidades de piedad y de estilo de que está impregnada. Publicó esta obrilla con licencia de los Superiores y con su propio nombre, P. Baltasar Gracián, de la Compañía de Jesús.

cia aquellos libros, y por haber faltado al precepto de Santa Obediencia que se le había impuesto.....»

Esto era lo urgente por entonces: la flagrante infracción de esos preceptos y la ofensión que se había seguido. La sustancia de lo escrito en los libros era entonces cosa secundaria y de juicio diferible. ¡Tan desprovista de fundamento es la acusación que he leído hecha contra el P. General de que condenó los libros sin haberlos leído!

¿Tiene más valor la expresión «..... esos padrazos.....» que se lee en las cartas íntimas de Gracián? ¿Desde cuándo es criterio de verdad para juzgar de las cualidades de un hombre (concediendo a la palabra *padrazos* su peor significación de hombres rígidos y severos en demasía) el aprecio que de él hace y los epítetos que le dirige en un estado de exaltación apasionada su adversario, cual estaba Gracián en aquellos días de ofuscación en que se alzó en rebeldía y hostilidad contra la Compañía hasta quebrantar sagrados compromisos? .....*Aquellos padrazos* hubiesen aprobado sin duda su «Criticón», y, después de purgarlo le hubiesen dado plácemes por él.....

No hizo caso, digo, de la censura y precepto de obediencia, y el año 57 salió a luz la tercera parte de *El Crítico*.

Los Superiores adquirieron por entonces evidencia moral de que Gracián era el autor de aquella obra. Y era la publicación de esta tercera parte la infracción flagrante de un gravísimo precepto. Aquello era una ceguera que llegaba hasta la contumacia y rebeldía. La sanción se hacía necesaria. No fué tan grave el castigo como la culpa merecía. Una reprensión pública: ¡tantas había él mismo redactado para que se las diesen en público refectorio! Un ayuno a pan y agua: ¡cuántos habría hecho voluntarios! Privarle de la cátedra de Escritura: no hay prueba convincente, pero hay indicios para sospechar que descuidó aquel oficio ya por el año 52, a raíz de la primera parte de *El Crítico*, y cuando andaba entretenido con la segunda (1). Sacarlo de Zaragoza: ¡cuántos cambios se hacen de nosotros! Llevarlo a Graus: muy poco estuvo; pronto le enviaron a dar misiones a Alagón, y a continuación, se le ve ya en Tarazona. Repetirle el precepto y censura: ¡cuán justificado estaba, siendo tan esencial la obediencia en la Compañía!

El P. General, en la antes mencionada carta de marzo del 58, aprueba lo hecho por el P. Jacinto Piquer. Aquí es cuando manda usar de precauciones con él, y dice que “conviene velar sobre él, mirarle a las manos, visitarle de cuando en cuando su aposento y papeles, y no permitirle cosa cerrada en él; y si acaso se le hallase algún papel o escritura contra la Compañía o contra su gobierno, compuesta por dicho P. Gracián, V. R. lo encierre y téngalo encerrado hasta que esté muy reconocido y reducido.....; pero, antes de llegar a esto, asegúrese bien V. R. que sea cierta la falta que he dicho por la cual se le ha de dar este castigo.....”

Fué una precaución prudente este aviso; pero no llegó a tanto la culpa de Gracián.

“Sintió mucho las penitencias que se le han dado—dice el P. General, en carta de 10 de junio del mismo año 58, al P. Piquer—, y me pide licencia para pasarse a otra Religión de las Monacales Mendicantes. No le respondo a lo del tránsito, pero

(1) En una carta del P. General al P. Provincial Diego de Alastuey se lee la siguiente: «Del P. Baltasar Gracián se nos ha escrito que no satisface al oficio de Maestro de Escritura, ni es a propósito para la buena educación de nuestros Hermanos Estudiantes. V. R. vea si esto tiene fundamento y cumpla con su obligación poniendo otro Maestro en su lugar, si se verifica lo que se me ha avisado.....» Lleva la fecha 8 de diciembre del 52. No debió verificarse por lo menos en grado notable, cuando continuó en su cátedra hasta el año 57.

le digo cuán merecidas tenía las penitencias que se le han impuesto, por haber impreso sin licencia aquellos libros, y por haber faltado al precepto de santa obediencia, que se le había impuesto; y porque él refiere lo que ha trabajado en la Compañía y las Misiones que ha hecho, también se lo agradezco, y después añadido lo que he dicho.....”

## VII

Este era el P. General Gosvino Nickel: un padre amoroso y firme. Firme, para corregir los extravíos de su hijo, y amoroso para reconocer y agradecer sus trabajos, y delicadamente amoroso para no contestarle a aquella pretensión descabellada, hija de un momento de turbación al sentir el acicate del castigo.

El beneficio que hizo el P. General a Gracián es inmenso. Había mil veces meditado Gracián aquellas reglas, para discernir espíritus de S. Ignacio en los Ejercicios, una de las cuales da el dictamen capitalísimo y prudentísimo, no ya para el espíritu, pero aun para el éxito de cualquier empresa, de que en los momentos de turbación de pasiones y de desolación no hay que tomar resoluciones. En tiempo de desolación, dice, nunca hacer mudanza. No la cumplió el hijo, y el Padre le acude amorosamente a cumplirla por él, no tomándole en consideración la propuesta y esperando que pase el turbión y llegue el momento en que reconozca él el mal paso. ¡Cuánto debió de agradecerlo después! Ya que él no había seguido aquel prudentísimo consejo que da S. Ignacio para el tiempo de la desolación: “trabaje de estar en paciencia”, verdad que él mismo había estampado en la Crisi XIII de la primera parte de El Criticón, al decir: “Paciencia: ése es el único remedio para cuantos males hay, y quien no la tuviese, desde el Rey hasta el Roque, váyase del mundo, *Tanto valí cuanto sufrí*”; ya que él había olvidado, en la pasajera obcecación que sufrió, lo que era la vida y el espíritu de su vida, el seguimiento de Cristo, la sabiduría de la humillación y de la Cruz, y había despreciado y rechazado lo que debía amar con todas sus fuerzas, según la regla 11.<sup>a</sup>, los oprobios sufridos aun inocentemente, cuánto más culpadamente; ya que la resolución tomada contra todas las reglas de prudencia ascética y humana, estuvo a punto de dar la campanada de la im-

penitencia y obstinación, perpetuando hasta la muerte la falta que era un acceso pasajero de amor propio no enfrenado; el amoroso Padre, concedor del corazón, toma por no dichas aquellas palabras y responde con un silencio que es un poema clamoroso de caridad, mientras con sus llamadas al arrepentimiento y con los alientos de su gratitud le va señalando el camino de la luz perdida que le ha de alumbrar perennemente y ha de reducir con su retorno la desgracia pasada a la insignificante categoría de un episodio breve de sombras de una vida radiante de luz y de verdad.

¡Oh! ¡Cuánto hubiese tenido que llorar después Gracián, si en vez de callar el Padre, airadamente le hubiese complacido! ¡Cuánto debió de agradecer la reprensión y el silencio...!

¡Oh! ¡Considerad toda la magnitud del beneficio hecho por el P. Nickel, que fué el principio de la rehabilitación y del retorno a la luz de aquella grande alma! ¡La figura de Gracián no sería lo que es, si hubiese caído sobre él el sambenito de la inconstancia y de la obstinación en el error! ¡No se apagó el astro de su sabiduría integral: sólo sufrió un eclipse pasajero! Como lo sufrió Salomón, al faltarle la sabiduría, que él se había propuesto como luz que lo iluminase: *et proposui pro luce habere illum* (Sabiduría, 7, 10).

En aquel eclipse pasajero en que al alma de Gracián le faltó la influencia del sol de su integral sabiduría, la cual está donde está la humildad: *ubi autem est humilitas ibi et sapientia* (Proverbios, 11, 2); la voz del P. General que reprendía era la voz de la luz, la voz del sol de la sabiduría que le llamaba a sí y le compelia amorosamente a apartar del medio el astro opaco de la gloria menguada y la ignorancia, que producía en su mente las oscuridades del eclipse. Sí: fué un eclipse pasajero. ¡Oprobio para los obstinados incapaces de reconocer su culpa, que no ven que la obstinación en el error es el triunfo de la necedad sobre la luz de la verdadera sabiduría! ¡Oprobio para los astros del saber, que por su obstinación han sido no astros pasajeramente eclipsados, sino astros extinguidos y muertos, que ruedan sin luz y sin influencia benéfica por los espacios oscuros de los abismos siderales!

En Gracián, la luz triunfó de las tinieblas. La plenitud de su sabiduría le hizo reconocer su yerro y le alumbró en el resto de su vida.

En el centro de una ciudad floreciente (1), rodeado de sabios, honrado de los suyos, llorado de todos, murió Gracián con la sonrisa de quien mira a la inmortalidad, a la luz eterna que le había alumbrado perpetuamente, donde, según él dijo tantas veces, está la verdadera dicha, el reinado perpetuo, fruto y término del deseo de la integral sabiduría. *Concupiscentia itaque sapientiae perducit ad regnum perpetuum.*

Yo no sé qué interés tienen algunos en que sea falsa esa consideración y prestigio de que se vió rodeado en Tarazona por parte de la Compañía, que, recalcitrando contra la evidencia, pasan hasta por extinguir la luz de la sabiduría de Gracián, con tal que a vuelta de ello, se extinga también algo del brillo de la Compañía.

Llegan en su negro empeño, traicionando sin duda a sus caballerosos sentimientos, hasta a poner en duda la honradez y veracidad de hombres nobles y sinceros si los hay (o de los que los informaron) que lo afirman, y estampan en el papel copia del documento que lo atestigua (2).

Yo he visto, señores, el original de ese documento. Hay además permiso para reproducirlo fotográficamente, y se reproducirá cuando parezca conveniente (3). Entre tanto, a los que buscan sinceramente la verdad, basta la palabra de quienes no tienen motivo para dudar, a menos que sea temerariamente. A los que no la buscan, si algunos hay, sino que quieren contra ella el triunfo de sus particulares opiniones, no sé si bastará la evidencia de la copia fotográfica. ¡Son capaces de decir que hemos retocado la placa y aun que hemos sobornado al sol y a la luz que la impresiona para que dibuje en ella las letras que le dicteamos!

¿Nada dice de ese prestigio y consideración la inscripción evidente, innegable, que le dedicaron en el retrato los Jesuítas de Calatayud? ¿Nada dice el retrato mismo? (4).

(1) El punto de la importancia que entonces tenía la ciudad de Tarazona y de los sabios que en ella florecían lo ha tratado copiosa y eruditamente D. José M.<sup>a</sup> López Landa, en su conferencia del 16 de marzo, que fué la primera del cursillo de Zaragoza.

(2) Conferencia del Sr. López Landa. Apéndice.

(3) La ocasión de dar a la imprenta estos trabajos ha parecido la oportuna para dicha reproducción. Véase en el Apéndice.

(4) Este retrato es el que figura al frente de este libro.

## VIII

He terminado. La resultante de tantos años de plena luz de sabiduría, y un brevísimo período de ofuscación, es un soberano esplendor que no llega a enturbiar el vaso de barro humano donde se encierra el foco. Es, una gloria pura de Aragón de que justamente os gloriáis. Gloria es de esta Universidad y Ateneo el haber resucitado esa gloria de la oscura tumba del olvido. Al difundir ahora de nuevo sus rayos, acordaos que nos está pregonando la sabiduría integral que él practicó y a que exhorta el Libro de la Sabiduría.

“Sabios de la tierra—me imagino que os dice la sombra luminosa de Gracián—, buscad la plenitud de la sabiduría cuyo principio es el principio de la santidad, el temor santo de Dios: *Initium sapientiae timor Domini. Plenitudo sapientiae est timere Deum*” (Eclesiástico, 1, 20).

Para terminar, os ruego, que como de grado y henchido de alborozo y de amor y entusiasmo por esta bendita tierra, donde he pasado los años más hermosos de mi vida, reconozco y pregono que Gracián es una gloria pura de Aragón; reconocáis a la vez vosotros, que, por la formación integral que la Compañía le dió, y, más aún, por su sabia y materna corrección que hizo perenne el astro de su sabiduría, reconocáis, digo, que no sólo es gloria de Aragón, sino también gloria de la Provincia de Aragón de la Compañía, y gloria de la Compañía de Jesús.

Sólo una cosa resta. Hemos de creer que Gracián está gozando de Dios. Es piadoso sin embargo, en la incertidumbre en que estamos, el dedicarle estos lutos y las oraciones de la Iglesia, en previsión de las cuales creemos que Dios le habrá concedido ya el descanso eterno. Terminemos, pues, pronunciando con los labios y con todo el ardor de nuestra alma la ferviente plegaria de la Iglesia:

REQUIEM AETERNAM DONA EI DOMINE,  
ET LUX PERPETUA LU-  
CEAT EI.

